

Ante el Año Nuevo

Por Julio Brea Franco

Culmina un año. Indiscutiblemente un año importante en la historia contemporánea dominicana. Portador de un cambio parido con dolor, el 1978 ha sido un año de esperanzas, pero también, de modificaciones. Esperanzas anidaron muchos dominicanos en los primeros meses. Luego mortificación, mucha mortificación vivida durante un caluroso verano tropical cundido de incertidumbre, caracterizado por la gran vigilia colectiva de todo un pueblo al acecho de que su voluntad mayoritaria no fuese desconocida.

Así ocurrió hasta el 16 de Agosto, cuando en un clima de verdadero alborozo nacional, el país entero asistió a una transmisión de mando. Al cambio de gobierno, a la adopción de un nuevo estilo político, en fin, a la renovación del ramillete de timoneros de la nave nacional demasiado ligados al pasado. Un deseo, incubado y aquilatado en los últimos años de un régimen cuyos frutos contribuyeron a que sectores de nuestra sociedad cambiaran, tornándolo obsoleto e incapaz de satisfacer las nuevas demandas destiladas de ellos.

Y si en el amanecer del 1978 hubo esperanza, y al mediodía preocupación, en el ocaso reaparece nuevamente la esperanza al concluir la comprensible luna de miel de estos últimos cinco meses. Ahora, después de la alegría, de la euforia reaparece la cruda realidad, nuestra cruda realidad. Realidad que debemos enfrentar con valentía, con sacrificio, con decisión.

El 1978 constituye sin lugar a dudas un año importante para la incipiente democracia dominicana. Una democracia que nos proyecta en esta América como paradigma, como modelo a ser imitado por otros pueblos hermanos, humillados y pisoteados por la tiranía, pero que hoy, decididos a sacudirse de la opresión, luchan desafortadamente por conquistar esa libertad, esa justicia social que ennoblece y dignifica al hombre.

Esta nuestra recién nacida democracia dominicana, hecha posible por el tesón y el empeño, por el talento de un grupo de hombres y mujeres que tuvieron la claridad para superar los escollos que impedían la alternabilidad, pero también, al gobierno pasado que supo o que tuvo que deponer ambiciones y actitudes porque de lo contrario ello hubiera significado una gran hecatombe nacional, repetimos, esta recién nacida democracia, es y debe ser un compromiso de todos, de todos nosotros los dominicanos.

Hace apenas dos días recibimos y ofrecimos una bienvenida vibrante y cálida al gobernante de ese pueblo tan ligado al nuestro como es el venezolano. Pudimos escucharlo, ponderar sus palabras henchidas de orgullo, preñadas de contenido, y por qué no también, de enseñanzas y de experiencias, relativas a ese logro, a ese presente que es la democracia venezolana. Una democracia que ha alcanzado apenas la mayoría de edad pero que todavía requiere atención y disposición a defenderla y a preservarla. Porque la democracia, como él decía, es un gobierno débil pero fuerte tam-

bién. Es débil porque no es imposición de una parte sobre las demás. Es fuerte porque se basamenta en el consenso, en el acuerdo mayoritario de todo un pueblo.

La democracia, y por ende la nuestra también, es un compromiso de todos. De todas las fuerzas políticas, las que están en el poder y también, las que están en la otra orilla: en la oposición. Todos debemos estar conscientes de esto: no podremos conservar la libertad, no se podrá demostrar al país los aciertos y la conveniencia de las ideas, no se podrá contribuir a que los hijos de esta tierra alcancen una vida mejor si no la preservamos. Si ella parece, un manto de oscuridad se tenderá sobre nuestra geografía y sobre los hombres que la habitan.

Si queremos, si estamos satisfechos por vivir en un clima como el que hoy disfrutamos, debemos disponernos a defenderlo. No podemos dejarnos engañar ni siquiera cuando los problemas que tengamos que enfrentar nos hagan dudar, nos tienten a escuchar los cánticos de las casandras. Debemos tener fé, no dejarnos confundir, luchar por preservar la democracia, pero luchar a brazo partido para que cada día ella sea menos deficiente, para que impere menos desigualdad, menos desequilibrio entre nuestro pueblo, para que cada día tomemos mas conciencia de lo que somos, y podamos encontrar la fuerza para combatir influencias enajenantes y acciones saqueadoras de los tesoros contenidos en nuestras piedras y en nuestra tierra.

Queremos volverlo a repetir: la democracia es un compromiso de todos. Y ella no está encarnada con un partido ni una pléyade de dirigentes. Ninguno la encarna únicamente. Debemos encarnarla todos. Porque todos perderemos si ella sucumbe. Ganarán entonces los nostálgicos del pasado. O quizás, los partidarios del nunca.

La conclusión de un año y el vislumbrear otro es ocasión propicia para reflexionar. Para reflexionar sobre lo que fue, sobre lo que es y sobre lo que podrá ser. Se ha dicho: esta es la "navidad del cambio". En ella estamos rayando en el éxtasis de esa alegría iniciada en una mañana ante la Asamblea Nacional. Pero el tiempo es inexorable. Pasarán las fiestas, pasará la alegría, vendrán los problemas, el enfrentamiento con una realidad que exige, que exigirá sacrificio.

La situación económica no es halagüeña. Por el contrario: el petróleo aumentará, recibiremos los embates de los vientos huracanados de la inflación que será su consecuencia. Ello, con nuestra ya precaria situación de desempleo, de analfabetismo, de

escasez de viviendas, de precarias condiciones sanitarias, en definitiva, de las cuentas del rosario de nuestro subdesarrollo, constituyen para todos nosotros un desafío.

Hemos pensado, y en no pocas ocasiones, que nosotros los dominicanos actuamos muy a menudo como el avestruz: queremos o creemos que obviamos el peligro escondiendo la cabeza en la tierra pero dejando el cuerpo entero expuesto a la amenaza. Empezamos algo y mas luego, como por inercia, volvemos a hacer lo que quisimos evitar. Así pasó cuando tiempo atrás se prohibió el expendio de gasolina a ciertas horas del día y en los días festivos, cuando se quiso que las televisoras culminaran su programación a una cierta hora. Estas, y otras medidas mas, se implementaron pero tan solo por unos meses. Después, con el andar de los días, volvimos a lo mismo.

Es ya la hora que los dominicanos dejemos de esperar que todo nos provenga del gobierno. Debemos estar conscientes que en eso de nuestros problemas debemos contribuir con espíritu positivo para poder superarlos. Debemos recordar que siempre la felicidad hay que conquistarla.

Son dos, entonces, las esperanzas, los deseos que en esta ocasión, cuando agoniza el año, queremos manifestar públicamente. Hemos conquistado un clima de libertad y de democracia que debe enorgullecernos con gallardía. Pero esta conquista debe ser defendida contra los zarpazos de minorías que parecen que no pueden vivir si no bajo la sombra del poder y alimentadas por los privilegios. Este es el primer reto que nos presenta el 1979. Seamos, pues, consecuentes y asumamos una actitud vigilante y valiente.

Este clima de libertad y de democracia podrá sentir la consecuencia de los problemas que vamos a enfrentar, súbitamente, después del 2 de enero. Situaciones que harán dudar a muchos. Y, sin embargo, la única actitud para superarlos es la decisión de que todos nos sacrificuemos, sobre todo esa clase media, derrochadora y trepadora, embriagada por los niveles que ha alcanzado. El Gobierno no solo debe tener lucidez para tomar las decisiones que nos permitan salvar los escollos y resolver dificultades. Debe también apelar, despertar un sentimiento de contribución de parte de su pueblo. Solo así Gobierno y Pueblo, uno detrás del otro, pero imbuidos del mismo deseo podremos salir adelante. Defendiendo nuestra libertad, nuestra democracia, y luchando por un mundo mejor.

¡Ojalá podamos todos, con esta actitud positiva, encarar el 1979!

PUBLICIDADES